

Cruzafronteras atrevidas: Otra visión de las mujeres migrantes

Laura María Agustín

(2005) 'Cruzafronteras atrevidas: Otra visión de las mujeres migrantes.' En *Mujeres extranjeras en prisión*, M-J. Miranda, ed., 91-110. Madrid: Universidad Complutense.

Abstract

Hay una creciente tendencia a describir las migraciones como fenómenos criminales, y el discurso resultante tiene género: el migrante es “delincuente” y la migrante “víctima”. Así se representa a la mujer como arrancada a la fuerza de su pobre país y como sin voluntad propia para tomar decisiones a viajar. Según este discurso, cuando esta figura trabaja en la industria del sexo, cualquier proceso de viajar suyo apoyado por otras personas se convierte en violencia, engaño y coacción y ella en niña pasiva incapaz de haber optado por lo que hace. Este discurso, llevado tanto por teóricos como solidarios europeos que quieren proteger o ayudar a las mujeres no europeas, les infantilizan, quitándoles toda capacidad de acción. Y aunque no es su intención, tal reduccionismo apoya las políticas de “Fortaleza Europa” que proponen cerrar fronteras o deportar a todo migrante encontrado sin la documentación correcta del momento. La distinción de género se ve también en los protocolos de Viena anexos a la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, del año 2000, en los que las mujeres, junto con los niños, están señaladas como propensas a ser “traficadas”, mientras los hombres son descritos como migrantes que pueden ser “contrabandados”. Sin embargo, existen otras visiones posibles de estas mujeres como migrantes transnacionales y cosmopolitas, y éstas abren otras líneas de investigación para entenderlas mejor.

Palabras clave: migración, transnacionalismo, prostitución, tráfico, sexo.

Es notable que en el año 2005 se siga considerando a las mujeres como empujadas, obligadas, coaccionadas o forzadas, cuando salen de sus países por la misma razón que los hombres: para progresar mediante el trabajo. Pero tan arraigada está la idea de la mujer como parte esencial de la casa, y hasta como la encarnación misma de la casa, que se les niega sistemáticamente el protagonismo que implica la decisión de emigrar. Así comienza la patética imagen de mujeres inocentes arrancadas de sus casas, coaccionadas a emigrar, y hasta secuestradas o vendidas como esclavas. Estas imágenes hoy en día siguen a quienes viajan a lugares donde los únicos trabajos remunerados disponibles se encuentran en el servicio doméstico, “del cuidado” y en la industria del sexo (Agustín 2003a).¹ El discurso de “la trata” o “el tráfico” de mujeres supone que para las mujeres es mejor quedarse en casa que abandonarla y meterse en “problemas”; se considera que los “problemas” dañarán irreparablemente a las mujeres (que son evaluadas junto a los niños), mientras que se espera que los hombres enfrenten y superen los problemas

¹ El servicio doméstico tiene muchas de las mismas características alienantes que el trabajo en la industria sexual, y ambas son realizadas simultáneamente por muchas mujeres que buscan reunir mayor cantidad de dinero en menos tiempo.

de manera rutinaria. Pero uno de mis objetivos es encontrar una visión en la que los pobres—y las pobres—no sean construidos meramente como víctimas, y por lo tanto creo que debemos conceder que ciertas estrategias que para una persona parecen poco gratificantes pueden ser aprovechadas con éxito por otras. Esta visión reconoce la gran diversidad existente entre los seres humanos.

Mitos sobre las migraciones

A partir del momento en que la gente migra, hay una tendencia a idealizar la casa, o el hogar. Se evocan cálidas imágenes de familias unidas, objetos domésticos simples, rituales, canciones, comidas.² Muchas fiestas religiosas y nacionales, en diversas culturas, materializan conceptos como el “hogar” y la “familia”, usualmente a través de imágenes de un pasado folclórico. En este contexto, la migración se ve como un último recurso o un acto desesperado y los migrantes como *despojados* del lugar al que “pertenecen”. Pero para millones de personas del mundo, el lugar donde nacieron y crecieron no es un lugar viable o deseable para desarrollar proyectos más adultos o ambiciosos, y mudarse a otro lugar constituye una solución convencional —no traumática.

¿Cómo se produce esta decisión de mudarse? Terremotos, conflictos armados, enfermedades o la falta de alimento arroja a alguna gente a situaciones que no parecen dejarles demasiada libertad de elección o tiempo para “procesar” las opciones: a veces se le llama a esta gente refugiados. La decisión de un hombre soltero de viajar se entiende generalmente como algo que evoluciona con el tiempo y como producto normal de su ambición masculina de progresar mediante el trabajo: se les llama migrantes. Y luego están las mujeres que intentan hacer lo mismo, tratadas como pasivas sin voluntad y sin proyectos: se les está llamando cada vez más “víctimas”.

Si bien existen muchas historias tristes, aterradoras o hasta trágicas de las migraciones de la gente en busca de trabajo, éstas no tienen porqué marcarle para siempre o definir toda su experiencia de vida. La relativa falta de poder en una etapa de migración no tiene que ser permanente; los pobres también tienen “identidades múltiples” que cambian a lo largo de sus trayectorias de vida, vidas que son compuestas de distintas etapas, necesidades y proyectos. Al insistir sobre la instrumentalidad de emigrar en condiciones que están lejos de ser ideales, no se niega la existencia de las experiencias más negras. Los abusos de agentes que venden formas de ingresar al primer mundo se dan con migrantes que trabajan en el servicio doméstico, las maquiladoras, las minas, la agricultura y la industria del sexo, sean migrantes mujeres, hombres o transexuales. Afortunadamente las historias más trágicas no constituyen la realidad de la mayoría de la gente (Agustín 2004).

Trabajé durante mucho tiempo en educación popular en distintos países de América Latina y el Caribe y con migrantes latinos en Norteamérica y Europa, en programas dedicados a la alfabetización, la prevención del SIDA, la promoción de salud, y la concientización. Mi preocupación sobre la enorme diferencia entre lo que dicen los agentes sociales del primer mundo (gubernamentales, de ONGs, activistas) sobre las mujeres migrantes y lo que éstas dicen sobre sí mismas me llevó a estudiar y testificar sobre estos temas. Me ubiqué deliberadamente en la frontera entre ambos grupos: las migrantes y los agentes sociales, en Europa, donde los únicos trabajos generalmente disponibles para las mujeres se ofrecen en los

² La palabra *home* en inglés (*hogar, casa*) connota mucho de esto por sí sola, pero no tiene esa omnipresencia en otros idiomas.

servicios domésticos, del “cuidado” y sexuales. Mi trabajo problematiza tanto a los agentes sociales—incluyendo a los académicos de las ciencias sociales—como a las migrantes, así que paso mucho tiempo en bares, casas, oficinas, burdeles, vehículos de proyectos de acercamiento y en “la calle”, en sus múltiples versiones. Los datos sobre lo que dicen las migrantes provienen de mis propias investigaciones y las de otros en muchos países de la Unión Europea, América Latina, Europa del Este, Asia y África.³ Los datos sobre lo que dicen los agentes sociales provienen de mis investigaciones con gente que trabaja en la problemática de “la prostitución”,⁴ incluyendo el trabajo como evaluadora de proyectos para la Oficina de Trabajo Internacional y la Comisión Europea (Agustín 2001, 2002, 2003b).

Cuestiones de voluntad y “opción”

Investigaciones realizadas entre migrantes trabajadoras domésticas y sexuales revelan pocas diferencias sustanciales en sus proyectos migratorios y demuestran que las migraciones que pueden haberse iniciado como un desplazamiento (la sensación de haber sido echadas, de no tener opciones razonables) no están destinadas a ser siempre experiencias tristes. Aún las más pobres y las parcialmente “vendidas” o “engañadas” buscan y encuentran lugares para desarrollarse: se escapan, cambian de trabajo, aprenden a utilizar amigos, clientes, patrones y delincuentes. Es decir, hacen lo mismo que otros migrantes y, salvo en el peor de los casos, logran crearse condiciones más satisfactorias, ya sea encontrar una buena familia para trabajar como doméstica o un dueño decente de un bar o los contactos adecuados para trabajar de forma independiente. Tal período de acostumbrarse y de aprendizaje es rasgo universal de la trayectoria del migrante, no importa en qué sector trabaje.

Las migraciones tampoco son motivadas puramente por razones económicas. Expuestas a las imágenes de los medios que representan los viajes por el mundo como factores esenciales tanto en la educación como para el placer, los migrantes potenciales son atraídos por la posibilidad de conocer gente de otros países, sitios famosos y comidas distintas. Pero el argumento de que toda migración de persona pobre está determinada por su pobreza se vuelve aún más débil cuando agregamos el hecho de que *no* todos los pobres deciden emigrar. Existen personas con iguales niveles de necesidad que sin embargo no deciden viajar, más bien buscan otras soluciones como pueden. Los que sí toman la decisión de salir de su país, aceptando una oferta que pueda resultar verdadera o engañadora, *desean* hacerlo de alguna manera y tienen el carácter adecuado para enfrentar los riesgos que supone el desarraigo a cambio de encontrar oportunidades para superarse, en algunos casos, o simplemente de experimentar algo nuevo, en otros. Son cuestiones de carácter personal que nada tienen que ver con la mala suerte que les pueda tocar más adelante. Vale notar también que no todos los que salen son pobres y sin formación; se encuentran trabajando en los sectores más estigmatizados profesionales que no pueden ejercer sus profesiones en Europa pero que quieren trabajar.

³ He llevado a cabo investigaciones entre personas que venden sexo en varios países de América Latina y con migrantes en Europa, Australia y Tailandia (Agustín 2001, 2002b). Otros estudios que confirman estos resultados han entrevistado a mujeres de Ghana, Niger, Dominicana, Tailandia, Holanda, Rusia, Colombia, Filipinas, Italia, España y Albania, con resultados similares: Tabet 1989; COIN 1992; Altink 1995; Skrobanek et al 1997; Pickup 1998; Polanía y Classen 1998; Ratliff 1999; Campani 1999b; Wijers 2000; Brussa 2000; Signorelli y Treppete 2001; Mai 2001; Oso 2003).

⁴ Mi trabajo deconstruye este concepto, creado hace dos siglos durante el fenómeno llamado ‘la invención de lo social’ (Donzelot 1979). El término impone una identidad de ‘prostituta’ que poco cuadra con muchos de los trabajos sexuales disponibles en todo un sector sexual. Otros trabajos que han contribuido a esta deconstrucción son Walkowitz 1980 y Bell 1994.

El ejemplo que abordo aquí es el de mujeres y transexuales migrantes en Europa, pero los discursos que los construyen como “traficados” existen en todos lados del mundo y son abordados por organismos internacionales.⁵ En el momento de escribir, la mayoría de las migrantes que venden sexo en Europa provienen del Oeste de África, América Latina, Europa del Este y países de la antigua Unión Soviética. Mientras que las trabajadoras domésticas han empezado a unirse tras las fronteras étnicas para exigir que se respeten sus derechos básicos, las trabajadoras sexuales no han hecho lo mismo, haciendo imposible encajarlas en los marcos migratorios tradicionales, en los que se forman las asociaciones como paso esencial hacia el asentamiento. Debido a diversos motivos sociales y legislativos, entre los que se destacan las políticas represivas de la policía y las autoridades de inmigración de toda Europa, las personas que venden sexo tienden a seguir movilizándose, yendo de ciudad en ciudad y de país en país.⁶ Este modo de vida itinerante impide hacer lo que se supone que “deben” hacer, en cuanto a establecerse y convertirse en buenas ciudadanas (subalternas) (el pueblo roma [gitano] sufre el mismo impedimento). Mientras que el nomadismo se considera romántico cuando se trata de pueblos lejanos (como los beduinos), en occidente se transforma en un problema social.

En la sentimentalización que se produce en torno a los “migrantes desarraigados”, son olvidadas las múltiples posibilidades de desgracia en casa. Muchas mujeres, homosexuales y transexuales están huyendo de prejuicios provincianos, trabajos sin perspectivas, calles peligrosas, padres autoritarios y novios violentos. La casa también puede ser un lugar aburrido y sofocante, como lo demuestra la gran cantidad de sitios de entretenimiento que se encuentran fuera de la casa. En muchas culturas del tercer mundo, sólo los hombres tienen permiso social para disfrutar de estos placeres, ocupar estos espacios, mientras en Europa todo el mundo tiene tal permiso. Quienes trabajan en el sector sexual también tienen vidas privadas, van al cine y a bares, discotecas, restaurantes, conciertos, festivales, fiestas parroquiales y parques. Su deseo de olvidar sus trabajos y ser personas convencionales no se distingue del de los demás; en el marco de los espacios urbanos se convierten en *flâneuses*⁷ y consumidores igual que todos, sobre todo cuando han podido ganar lo suficiente para hacer más que sobrevivir.

Ambientes como lugares de trabajo

Aquí describo algunos aspectos de sitios que la investigación mencionada arriba no trata casi nunca. Según las condiciones locales pueden llamarse clubes, burdeles, hoteles, apartamentos o bares, pero hoy en día tienen en común ser multiculturales y multilingües. En estos lugares se encuentra gente de Guinea Ecuatorial que trabaja junto a gente de Brasil y Rusia, y gente de Nigeria junto a gente de Perú y Bulgaria. Estos ambientes constituyen los lugares de trabajo de quienes venden servicios sexuales, pasando horas en el bar, en la pista de baile, y charlando y

⁵ Otros sitios actuales importantes del discurso sobre esta problemática son la India, la delta del Río Mekong, Nigeria y la República Dominicana, así como Canadá y los Estados Unidos.

⁶ El afán de la policía y las autoridades de inmigración por ‘limpiar’ los sitios de prostitución o detener a las trabajadoras ‘indocumentadas’ varían de ciudad en ciudad en toda Europa, cambian todos los días y, según la política del momento, se dirigen a las trabajadoras de clubes, calles o bares. Son pocas las trabajadoras que no le temen en alguna medida a la policía.

⁷ El *flâneur*, una persona que disfruta de andar mirando por las calles de las grandes ciudades, es una figura que surgió en el siglo XIX y que según varios teóricos sólo puede ser hombre y nunca mujer, ya que la mujer siempre es objeto de la mirada (por ejemplo, Wolff 1985). Disputo ese concepto de la mujer siempre pasiva y que nunca vuelve la mirada al mirón.

bebiendo. Desempeñan estas actividades entre sí y con los clientes, así como con otros trabajadores del negocio, como cocineros, mozos, cajeros y guardias. En el caso de los pisos, algunos de los que trabajan también viven ahí, mientras que otros sólo vienen para su turno. La experiencia de pasar la mayor parte del tiempo en estos ambientes, si la gente llega a adaptarse a ellos, puede producir sujetos cosmopolitas. La mirada del cosmopolita está puesta en el mundo, no en la casa, y no hay nada en el concepto del cosmopolita que le impida ser pobre o vender actos sexuales.

Una campesina de un país del tercer mundo que llega a trabajar en tales sitios puede llegar a ganar 5.000 euros o más por mes.⁸ Esta cifra no es lo que ganan las llamadas “prostitutas de lujo” que trabajan para clientes de las “élites” sociales (y que pueden ganar mucho más), sino que es lo que puede ganarse en pequeños o grandes negocios cuyas denominaciones y características cambian de país a país. Con esta suma una trabajadora puede liquidar bastante rápido cualquier préstamo que obtuvo para emigrar, aunque tiene que aprender a manejar su dinero y no convertirse en consumidora disparatada.

Es fácil encontrar trabajadoras sexuales migrantes que han trabajado en varias ciudades europeas: Turín, Ámsterdam, Lyón. Han conocido gente de docenas de países y pueden hablar un poco en varios idiomas; están orgullosas de haber aprendido a ser flexibles y tolerantes ante las diferencias de la gente. Ya sea que se refieran con cariño o no a su país de origen, han superado el tipo de arraigo a la patria que lleva a la exaltación nacionalista, y se han integrado al grupo de personas que puede llegar a ser la esperanza del mundo, los que juzgan a los demás por sus acciones o por sus ideas y no por su apariencia física o su lugar de origen. Ésta es la fuerza del cosmopolita.

Algunos dudan que puedan darse relaciones de trabajo normales dentro de los ambientes. Esta duda parecería conceptualizar a todos los demás lugares de trabajo como sitios menos alienantes: oficinas, consultorios, fábricas, servicio doméstico, minería, maquiladoras, agricultura, el trabajo de destajo, etc. Pero la industria del sexo es inmensa, abarca clubes, bares, discotecas y cabarets, líneas telefónicas eróticas, tiendas de sexo con cabinas privadas, casas de masajes y saunas, servicios de acompañantes, algunas agencias matrimoniales, apartamentos, cines pornográficos, restaurantes eróticos, servicios de dominación y sumisión y venta callejera. Muchos son empleos de medio tiempo, esporádicos o secundarios, y las condiciones laborales de estos millones de empleos a nivel mundial varían enormemente. Aunque en esta industria es común el recambio de personal, también lo es en la industria cinematográfica, el teatro, los espectáculos y en los empleos “temporales” de oficinas, sea de administración o informática (donde nadie duda que existen relaciones normales). Las relaciones con los colegas pueden o no trascender las fronteras étnicas, dependiendo del individuo; la posibilidad de que esto suceda es mucho mayor allí donde se concentran personas de muy variada extracción, sin que predomine un tipo. Así es la situación que se da en los ambientes, ahora que las migrantes constituyen el grueso de los que venden sexo en toda Europa, llegando hasta más del 80 por ciento en Italia (Tampep, 1999).

⁸ La sorpresa que puede provocar esta cifra se vincula con el tratamiento de los medios de comunicación, que se concentra casi exclusivamente en el trabajo sexual de calle. La posibilidad de ganar ese monto de dinero depende de cómo se ingresa a este mercado, por los propios medios o por los de otros, de tener la capacidad necesaria para manejarse en dicho mercado y de aprender a administrar esa suma de dinero (un problema frecuente viene del alto grado de consumo que tiende a anular las ganancias altas). Trabajar menos horas al día o menos días o descansar entre contratos acorta los ingresos. Para más información sobre las ‘aptitudes’ necesarias, ver Agustín (2000).

Los lugares de trabajo sexual no sólo son multi-étnicos sino también zonas de frontera: lugares de mixtura, confusión y ambigüedad, donde se desdibujan las “líneas” divisorias entre una y otra cosa. Como muchas de las que trabajan el sexo en Europa son extranjeras, los idiomas que se hablan en los ambientes incluyen *pidgins*, criollos, lenguaje de signos y lenguas francas. Los españoles y franceses aprenden a comunicarse con los nigerianos, los rusos y los albaneses. De manera similar, los clubes nocturnos a veces se parecen a sitios de carnaval, un mundo al revés donde la persona que vende sexo se parece al *pícaro*, el semi foráneo que deja el trabajo honesto para dedicarse a la embustería, encarnando el rol de “cosmopolita y extranjero. . . explotando y perpetuando el estado liminal de no estar ni en uno ni en otro punto fijo de una secuencia de estado” (Turner 1974, p. 232).

Son sitios de experimentación y exhibición, donde algunos representan la masculinidad y otros la feminidad. Investigaciones realizadas en lugares tan alejados el uno del otro como Tokio y Milán demuestran que para muchos el acto sexual que se da al final de una noche de juerga o *puttan tour* no es el centro de la experiencia, que más bien reside en reproducir la masculinidad, compartiendo con los amigos una experiencia que incluye charlar, beber, mirar, andar en auto, flirtear, hacer comentarios, consumir drogas y en general ser “hombres” (Allison 1994; Leonini 1999). Cuando un vendedor de sexo está vestido de trabajo, hace lo que le puede traer dinero, en el caso de las transexuales la actuación de una hiper-feminidad. Mientras que un servicio sexual contratado no lleva en general más de 15 minutos, no sólo las trabajadoras sino también los clientes pasan largas horas sin participar en actividades sexuales.

En nuestras sociedades son los hombres los que tienen públicamente “permitido” experimentar con su sexualidad (y con su masculinidad) y relacionarse sexualmente con gente con la que no estarían fuera de los ambientes. La disponibilidad de mujeres migrantes, hombres homosexuales y transexuales significa que todos los días se desarrollan millones de relaciones entre gentes de distintas culturas. No puede justificarse la esencialización de estas relaciones como “actos” indiferenciados sexuales y su eliminación de la consideración cultural porque involucran dinero. Para algunos que teorizan el sexo como cultura, las prácticas sexuales son construidas, transmitidas, transformadas y hasta globalizadas, y los migrantes que venden sexo se convierten en portadores de conocimientos culturales.⁹ Hay mundos por descubrir

El papel de la investigación y de la solidaridad

La visión anterior, poco oído en los foros académicos e internacionales, no excluye la posibilidad de abuso, explotación y tragedia para algunas personas. Simplemente hablo de la mayoría de casos, de la experiencia más común, que justamente no llama la atención de un público que parece querer escuchar sólo noticias sobre desastres—la mirada sensacionalista llevada a nivel de pánico moral. Existe una tendencia a totalizar los resultados de cualquier investigación y a mantener que lo que han dicho los entrevistados de *una* investigación o experiencia es “la verdad” para todos. Ya es hora de superar esta etapa moralista de estudios sobre la industria del sexo, salir del silencio y de creer que hay una “competición” sobre los datos—quién tiene la verdad, como si hubiera sólo una. Si abrimos el campo a todos los resultados posibles nos encontraremos con una diversidad inmensa de información, y respecto

⁹ “La contextualización de la sexualidad dentro de la economía política ha destacado el hecho de que las nociones predominantes sobre la sexualidad, el género y el deseo son alimentadas por una mentalidad colonialista que presupone una rigidez transcultural y una uniformidad de categorías sexuales, así como la persistencia de las fronteras geográficas y culturales impuestas por académicos occidentales” (Parker et al, 2001: 9).

a los testimonios de los trabajadores, veremos algunos negativos y otros no. Prestar atención a los más positivos no niega la realidad de los más negativos; un conocimiento no quita la realidad a otros.

El carácter conflictivo de tantos foros sobre este tema se debe también a una condición relacionada con personas solidarias que trabaja con migrantes: los que ayudan a víctimas tienen altas posibilidades de dar solamente con víctimas. Las personas de asociaciones a las que los migrantes se acercan para solucionar problemas urgentes van a verse con personas con problemas urgentes. Los investigadores formales que van en búsqueda de trabajadores en clubes probablemente podrán hablar con personas sin problemas tan fuertes y posiblemente no conocerán bien la problemática de los trabajadores de la calle. Los voluntarios de programas de reducción de daños que van en búsqueda de personas que trabajan en la calle conocerán sólo a personas que trabajan allí y no a las que han denunciado abuso en una comisaría—y así, sucesivamente, cada grupo tendrá su propio conocimiento y experiencia. Repito, como investigadores de campo no estamos compitiendo, nadie tiene un monopolio moral y necesitamos toda la información posible sin silenciar a nadie. Además es preciso que las asociaciones que quieren desempeñar investigaciones aprendan algo sobre la metodología formal, tanto cuantitativa como cualitativa, porque si no, sus resultados pueden ser descartados (Agustín 2002).

Quienes teorizan sobre migraciones transnacionales y diásporas mantienen un silencio casi total respecto a las personas que venden sexo,¹⁰ aunque pueden ser estudiadas como cruzafronteras audaces que llegan típicamente (y repetidamente) con poca información, equipaje o conocimiento del idioma local. Pero los únicos aspectos de sus vidas que son abordados (por todos, no sólo por los *lobistas* contra “la prostitución”) son los de su victimización, su marginalización y su presunto rol en la transmisión del VIH/SIDA, injusticias que reproducen la estigmatización.

Un elemento fundamental sobre el que se basa esta reacción generalizada tiene su raíz en el supuesto de que el cuerpo de la mujer es sobre todo un objeto sexual indefenso. Según esta idea, las experiencias y los órganos sexuales de las mujeres son elementos esenciales de su “auto-estima”. No se puede decir lo mismo sobre el cuerpo masculino, donde es el pene lo que significa su masculinidad: el falo poderoso. En el caso de la mujer es mucho más que su vagina; pareciera que sean varios órganos internos y que en vez de tratarse de un poder se trate más bien de una vulnerabilidad. Esta imagen es una construcción no muy antigua, ya que durante la mayoría de la historia la *vagina dentata* (con dientes), una de las principales imágenes de la sexualidad de la mujer, dio miedo a los hombres. La nueva teoría de la disposición a ser dañado el cuerpo de la mujer sostiene que el alma o el verdadero yo es “alienado” cuando se mantienen relaciones sexuales fuera del contexto de “amor”. Luego, se dice que las mujeres quedan irremediabilmente heridas por esa experiencia (Barry 1979; Jeffreys 1997). Algunas mujeres se sienten así y otras derivan placer de la labor sexual, lo cual

¹⁰ La excepción más notable a este silencio es negativa y emblemática. Al hablar de la película *India Cabaret* de Mira Nair, Arjun Appadurai comienza describiendo a las jóvenes de Kerala que “vienen a buscar fortuna como bailarinas exóticas y prostitutas en Bombay”, una visión bastante neutra de la situación. Pero dos líneas más adelante se refiere a “estas tragedias de desplazamiento”, sin brindar ningún fundamento, y critica igualmente a los hombres retornados de Medio Oriente que frecuentan los cabarets, “cuyas vidas diaspóricas lejos de las mujeres distorsionan su sentido de lo que deben ser las relaciones entre hombres y mujeres”. Appadurai no da ninguna referencia ni base teórica para respaldar estas opiniones típicamente moralistas sobre lo que ‘deben ser’ las relaciones y el sexo (Appadurai, 1996: 38–9).

solo significa que no existe una única experiencia corporal compartida por todos – un resultado no tan sorprendente, después de todo. La utilización del cuerpo para obtener una ganancia económica no resulta ni perturbador ni tan importante para muchas mujeres, quienes generalmente manifiestan que el primer mes de trabajo les resultó difícil y penoso pero que después se adaptaron.¹¹ En cualquier caso, incluso a las personas que *no* les gusta vender sexo dicen que es mejor que muchas otras opciones que *tampoco* les gustan; aprender a adaptarse a las circunstancias e ignorar los aspectos desagradables del trabajo es una estrategia humana normal. Pero el tabú sobre este tema sigue en pie.

El análisis de género que se puede hacer de esta limitación discursiva es interesante. Demos la vuelta a esta situación e imaginémonos qué pasaría si se pensara que fueran los hombres en grandes números quienes usaran el trabajo sexual como estrategia para entrar en Europa y obtener buena paga (vendiendo servicios a hombres, mujeres o transexuales). ¿Se consideraría tal estrategia como tragedia, o más bien como acto pragmático e incluso creativo por parte de personas que carecen de muchas opciones? El hecho de que los hombres y las transexuales que venden servicios sexuales casi siempre están excluidos no sólo de los abordajes trágicos sobre el “tráfico” sino también de los discursos convencionales sobre “la prostitución” nos da una pista sobre la respuesta. Están excluidos los hombres porque el discurso dominante depende del género del sujeto: si no es mujer, no cabe. Están excluidas las transexuales porque el concepto de mujer del discurso dominante es biológico. Si preguntamos por la incoherencia de estas exclusiones, la respuesta es que no importa porque “son pocos” o que “es diferente”, cuando justamente ahora sabemos que no son pocos para nada las transexuales y los hombres migrantes que venden servicios sexuales. La supuesta diferencia es imposible de defender; todos los rasgos de placer y sufrimiento posibles en el trabajo sexual están presentes no importa si se trata de transexuales, mujeres u hombres. Quién no acepta eso está sosteniendo que hay algo esencial en la persona nacida mujer que le hace vivir la situación de manera distinta, peor, más intensa y con menos posibilidades de elegir lo que hace. Tal esencialismo depende de una visión determinista o bien de un concepto del alma o del yo de la mujer que llega a quitarle el protagonismo de su propia vida.

Muchas veces el discurso de la solidaridad establece una dicotomía entre (1) la casa en el país de origen (que amas y fuiste obligada a abandonar) y (2) Europa (que no te encanta pero de donde no quieres ser deportada). Las complejas relaciones que las migrantes tienen con su sitio original, que puede o no ser un lugar que deseen visitar o volver a habitar, son excluidas de los análisis planteados acerca de ellas. Y cuando se construye a las mujeres migrantes como “traficadas”, se da por sentado que fueron arrancadas contra su voluntad, permitiendo que medidas inmediatas de deportación nada sutiles parezcan ser acciones benévolas (y ser caracterizadas por ciertos activistas irónicos como el “re- tráfico”).¹² Varios teóricos han señalado cómo el trabajo de las migrantes en el cuidado de niños, ancianos y enfermos crea “cadenas” de amor y afecto que abarcan a las familias que dejaron atrás, a las familias en cuyas casas ahora trabajan y sus nuevas relaciones iniciadas en el exterior (Hochschild 2001,

¹¹ No me refiero aquí a las personas que disfrutan activamente de sus trabajos sexuales y quieren que se les reconozcan sus derechos como trabajadores. Algunos de estos trabajadores están organizados y se declaran contra la criminalización de la prostitución (llámese abolición o prohibición). Se puede decir que esta gente siente que tiene una ‘identidad’ con el trabajo sexual. Para más información sobre estos testimonios, ver Agustín (2001).

¹² El tardío reconocimiento de que este tipo de argumento apoya las políticas de inmigración más conservadoras – las que proponen cerrar fronteras y excluir migrantes— ha llevado a impulsar varias propuestas nacionales dirigidas a permitir a las personas traficadas quedarse, estén dispuestas o no a denunciar a los que las explotan.

Parreñas 2001). Sin embargo, esta visión más afinada no la conceden los teóricos a las que venden sexo.

La distinción entre conceptos de protagonismo está reflejada en dos protocolos de la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, del año 2000. El *Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños* menciona explícitamente la prostitución y la explotación sexual, y no la migración. El *Protocolo contra el tráfico ilícito de migrantes por tierra, mar y aire* aborda el contrabando de personas, no menciona a la mujer explícitamente y sí habla de la migración. Cynthia Enloe enseñó cómo la frase “mujeres y niños” se convierte en un concepto— “mujeres y niños”—utilizándose así el sentimentalismo para justificar acciones militares que invisibilizan los roles activos y de poder de las mujeres (Enloe 1991). En estos protocolos se ve cómo el concepto de la mujer *especialmente* victimizada justifica una separación artificial en dos segmentos de una sola problemática: cómo el cierre de las fronteras y el endurecimiento de las leyes migratorias conduce a los abusos llamados “tráfico”. Con un discurso sentimental sobre víctimas inocentes sin voz se justifican grandes actuaciones policiales.¹³ Una postura crítica al esencialismo no niega la existencia de muchas formas de explotación de migrantes y su sufrimiento, pero los parámetros de los dos actuales protocolos infantilizan a las mujeres, quitándoles el protagonismo de sus propias acciones cuando se han portado con normal voluntad. Al mismo tiempo criminalizan a todas las personas que se prestan a facilitar las migraciones, no importa si son familiares o amigos de la migrante potencial.

Algunos proyectos de ONGs trabajan con migrantes que venden sexo y quisieran fomentar su auto-organización en defensa de sus derechos básicos.¹⁴ Pero estos proyectos requieren inevitablemente que los sujetos se identifiquen como “prostitutas”, o como “trabajadoras sexuales”, y muy pocas lo hacen. Más bien, se identifican como migrantes de Cali o Ciudad Benín o Kherson que se dedican de forma temporal al trabajo sexual como medio para alcanzar cierto fin. Esto significa que están menos interesadas en cuestiones de identidad que en que se les permita seguir ganando dinero de la manera que quieran, sin que se les agredan o violenten, por un lado, o sin que se les tenga lástima y se las someta a proyectos para “salvarlas”, por otro.

¿Existe salida de este callejón?

Afortunadamente sí, existe. No en el “triumfo” de ninguna de estas visiones propuestas por europeos, sino en dejar un espacio para escuchar lo que dicen las propias migrantes (Agustín 2005). No son fórmulas fáciles y requieren hacer investigaciones abiertas y luego reflexionar sobre los resultados. Existen otros feminismos, otros movimientos de mujeres, radicados en otras culturas y con otras visiones de los proyectos migratorios. Como afirma una integrante de Babaylan, un grupo de trabajadoras domésticas migrantes en Europa:

No consideramos la migración ni como una degradación ni como una mejora . . . de la situación de la mujer, sino como una reestructuración de las relaciones de género. *Esta*

¹³ El proceso de llegar a los mencionados protocolos fue duro para los participantes en Viena durante dos años, tratándose de batallas casi constantes por cada palabra. Lo que se logró al final sí da más protagonismo a la mujer que lo se proponían algunos lobistas, y no quisiera quitarles a los que luchaban sus logros. Aún así, mirado el proceso desde un punto de vista más lejano, se nota la diferencia con la que la mujer está considerada.

¹⁴ Nótese que estos son proyectos solidarios *con* trabajadores sexuales y no compuestos *por* trabajadores sexuales.

reestructuración no tiene por qué expresarse a través de una vida profesional. Puede darse a través de la aserción de la autonomía en la vida social, a través de las relaciones con la familia de origen, o a través de la participación en redes y en asociaciones formales. La diferencia entre las ganancias en el país de origen y en el país de inmigración puede por sí misma crear esa autonomía, aún si el trabajo en el país receptor es de doméstica interna o prostituta. (Hefti 1997, traducción y énfasis míos)

Todos concuerdan en que la industria del sexo existe en el marco de estructuras patriarcales. Algunos críticos seguirán lamentando las pérdidas de las migrantes que venden sexo y la casi imposibilidad de su organización formal. Pero también hay que reconocer lo que merece ser reconocido, esto es, la habilidad que despliegan la mayoría de las mujeres migrantes, y darles la posibilidad de superar su papel de víctimas y experimentar placer y satisfacción en situaciones difíciles y lugares extraños.

Referencias Citadas

- Agustín, Laura (2000): "Trabajar en la industria del sexo", *OFRIM Suplementos*, 6, junio, p. 155-72.
- _____ (2001): "Mujeres inmigrantes ocupadas en servicios sexuales", en Colectivo Ioé edtr., *Mujer, inmigración y trabajo*, Madrid: IMSERSO, p. 647-716.
- _____ (2002): "La necesidad (apremiante) de efectuar diferentes tipos de investigación", *Research for Sex Work*, 5, p. 30-32.
- _____ (2003a): 'A Migrant World of Services.' *Social Politics*, 10, 3.
- _____ (2003b): "La familia española, la industria del sexo y las migrantes", en O. Guasch y O. Viñuales edtrs., *Sexualidades: Diversidad y control social*, Barcelona: Bellaterra, p. 259-75.
- _____ (2004) *Trabajar en la industria del sexo, y otros tópicos migratorios*. San Sebastián: Gakoa.
- _____ (2005) 'Migrants in the Mistress's House.' *Social Politics*, 12, 1, 96-117.
- Allison, Anne (1994): *Nightwork: Sexuality, Pleasure and Corporate Masculinity in a Tokyo Hostess Club*, Chicago: University of Chicago Press.
- Altink, Sietske (1995): *Stolen Lives: Trading Women into Sex and Slavery*, London: Scarlet Press.
- Appadurai, Arjun (1996): *Modernity at Large*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Barry, Kathleen (1979): *Female Sexual Slavery*, Englewood Cliffs NJ: Prentice-Hall.
- Bell, Shannon (1994): *Reading, Writing, and Rewriting the Prostitute Body*, Bloomington IN: Indiana University Press.
- Brussa, Licia (2000): "Migrant sex workers in the Netherlands speak out", en *Research for Sex Work*, 3, 19. Amsterdam: Vrije Universiteit.
- Campani, Giovanna (2000): "Immigrant Women in Southern Europe: Social Exclusion, Domestic Work and Prostitution", en R. King et al coords., *Eldorado or Fortress?: Migration in Southern Europe*, London: Macmillan Press, p. 145-69.
- COIN (Centro de Orientación e Investigación Integral) (1992): *Viajes al exterior: ilusiones y mentiras*, Santo Domingo: COIN.
- Donzelot, Jacques (1977): *La police des familles*, Paris: Editions de Minuit.
- Enloe, Cynthia (1991): "'Womenandchildren': Propaganda Tools of Patriarchy", en G. Bates, edtr., *Mobilizing Democracy: Changing the US Role in the Middle East*, Monroe ME: Common Courage Press.
- Hefti, Anny Misa (1997): "Globalization and Migration". Presentación en Responding to Globalization, septiembre 19-21, Zurich.

- Hochschild, Arlie Russell (2001): “Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional”, en A. Giddens y W. Hutton edtrs., *En el límite: La vida en el capitalismo global*, Barcelona: Tusquets, p. 187-208.
- Jeffreys, Sheila (1997): *The Idea of Prostitution*, Melbourne AU: Spinifex.
- Leonini, Luisa edtr. (1999): *Sesso in acquisto: Una ricerca sui clienti della prostituzione*, Milán: Edizioni Unicopli.
- Mai, Nicola (2001): “Transforming Traditions: A Critical Analysis of the Trafficking and Exploitation of Young Albanian Girls in Italy”, en R. King edtr., *Mediterranean Passage: Migration and New Cultural Encounters in Southern Europe*, Liverpool: Liverpool University Press, p. 258-78.
- Nielsen Netratings. (2001): en *Ciberpaís* (marzo) 9: 13. Barcelona.
- Oso, Laura (2003): “‘Estrategias migratorias de las mujeres ecuatorianas y colombianas en situación irregular.’ *Mugak*, 23: 25-37. Parker, Richard et al coords (2000): *Framing the Sexual Subject: The Politics of Gender, Sexuality and Power*, Berkeley: University of California Press.
- Parreñas, Rhacel Salazar (2001): *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*, Stanford: Stanford University Press.
- Pickup, Francine (1998): “Deconstructing Trafficking in Women: the Example of Russia.” *Journal of International Studies*, 27, 4, p. 995-1021.
- Polanía, Fanny y Sandra Claasen (1998): *Tráfico de mujeres en Colombia: Diagnóstico, análisis y propuestas*, Bogotá: Fundación Esperanza.
- Ratliff, Eric (1999): “Women as ‘sex workers,’ men as ‘boyfriends’: Shifting identities in Philippine go-go bars and their significance in STD/AIDS control.” *Anthropology & Medicine*, 6, 1, p. 79-101.
- Sibley, David (1995): *Geographies of Exclusion*. Londres: Routledge.
- Signorelli, Assunta y Mariangela Treppete (2001): *Services in the Window: A Manual for Interventions in the World of Migrant Prostitution*, Trieste: Asterios Editore.
- Skrobanek, Siriporn et al (1997): *Tráfico de mujeres: realidades humanas en el negocio internacional del sexo*, Madrid: Narcea.
- Tabet, Paola (1989): “I’m the Meat, I’m the Knife: Sexual Service, Migration and Repression in Some African Societies”, en *A Vindication of the Rights of Whores*, Seattle WN: Seal Press.
- Tampep (Transnational AIDS/STD Prevention Among Migrant Prostitutes in Europe Project) (1999): *Health, Migration and Sex Work: The Experience of Tampep*, Ámsterdam: Mr A de Graaf Stichting.
- Turner, Victor (1974): *Dramas, Fields and Metaphors*, Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Walkowitz, Judith (1980): *Prostitution and Victorian Society*, London: Cambridge University Press.
- Wijers, Marjan (2000): “European Union policies on trafficking in women”, en M. Rossilli, edtr., *Gender Policies in the European Union*, New York: Peter Lang, p. 209-29.
- Wolff, Janet (1985): “The Invisible Flâneuse: Women and the Literature of Modernity.” *Theory Culture & Society*, vol. 2, no. 3, 37-46.